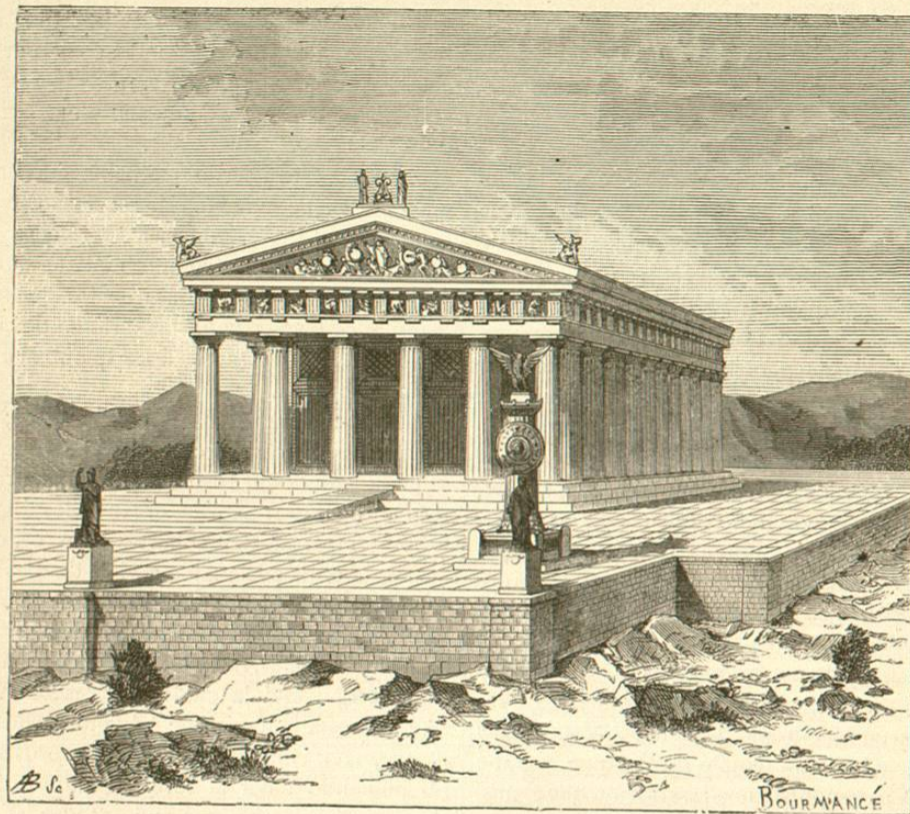


truyó un gimnasio, donde se contaban hasta cien columnas de mármol de Libia; y más allá un templo de Juno.

Así, pues, agradecidos los griegos á estos favores hechos á su raza, aun á los que parecían hacerse sólo á los atenienses (1), erigieron una estatua á Adriano en el templo de Olimpia al lado de la que habían erigido á Trajano y edificaron en la nueva ciudad de Atenas el Panhellenion (2), templo de Júpiter y Adriano cerca del cual debían celebrarse juegos anuales en presencia de los diputados de toda la Grecia.

Durante algún tiempo este Panhellenion fué al parecer el santuario político de la Hélade, como los templos de Roma y de Augusto lo eran en Lyon y Tarragona para las provincias occidentales. Algunas inscripciones de fines del



El Panhellenion, según la restauración de M. C. Garnier

las islas, de las costas del Asia y del Ponto; pero todas eran la imagen del príncipe, como si él solo debiera llenar el cielo y la tierra. ¿No era él el verdadero *Zeus Panhelenio*, el Olímpico por excelencia? Todavía se lee en Atenas, grabado en el pedestal de la estatua erigida en aquella ocasión por los *Dienses* (3), este sobrenombre que los griegos le habían dado y que todo el Oriente repitió: *Olimpio*.

Todas estas construcciones y Adrianópolis misma han desaparecido; sin embargo, cuando descendiendo de los Propileos se deja atrás el templo de Teseo y se rodea al

(1) Dió á los atenienses, además de fuertes sumas de dinero, una provisión anual de trigo, la isla Cefalonia y un acueducto que Antónino acabó el 2.º año de su reinado (Orelli, núm. 511). Expidió un decreto para asegurar el abastecimiento de la ciudad en aceite; siéndole reservado el tercio de toda la cosecha del Atica.

(2) El Panhellenion estaba consagrado á Júpiter Panhelenio, según Pausanias (*Att.* 18), á Adriano, según Dion (LXIX, 16). Esparciano dice también (13) que Adriano se erigió un altar á sí mismo en Atenas, *dedicavit... et aram sibi*; opiniones que están conformes, si se admite que este templo respondía al pensamiento político que había hecho erigir en Lyon y en Tarragona los de Roma y Augusto. Una inscripción descubierta en Tegea daba á Adriano el nombre de *Zeus Panhellenios*.

reinado de Antonino muestran á los *panhelenos* en correspondencia con pueblos lejanos, y aun con el emperador. Pero los griegos de aquel tiempo no eran ya capaces de poner en común otra cosa que sus placeres. En Lyon revelaron á veces nuestros padres espíritu político: tengo para mí que en Atenas no se agitaron más que pasiones mezquinas, ni se oyeron sino bajas lisonjas. El rebajamiento ante el amo fué allí ciertamente mayor. Al rededor del altar de Roma y de Augusto, los galos habían levantado á lo menos las estatuas de sus sesenta ciudades para representar, enfrente de los nuevos dioses, la nacionalidad gala. Esta idea, que no carecía de grandeza, no ocurrió á los griegos. Bien hubo en el Panhellenion innumerables estatuas enviadas por las ciudades helénicas del continente, de

Sur la gigantesca roca tan noblemente coronada de majestuosas ruinas, se ve primero en la pendiente de la Acrópolis el teatro de Baco, que conserva las localidades de mármol blanco en que se sentaba Pericles, y donde oyó Adriano alguna comedia de Menandro; más lejos, en la llanura de Iliso, quince columnas, unas aisladas, otras unidas aún por su arquitrabe, se elevan en proporciones colosales sobre el azul del cielo llenando el ánimo de sorpresa y admiración, aun á dos pasos del Partenón. Estas columnas son todo lo que queda del templo más vasto del mundo greco-romano, el *Olympieion*, comenzado por Pisístrato, continuado por Augusto, y concluido al cabo de siete siglos por Adriano (4).

¿Por qué todos estos templos levantados ó reconstruidos?

(3) C. I. L. t. III, núm. 548. Tenemos también las de Cefalonia, Anfipolis, Tasos, Abidos, Sestos, Sebastopol, Mileto, Chipre, etc. (C. I. G. núm. 331 y siguientes). Las medallas imperiales son raras en la Grecia propiamente dicha. Es de notar que la serie imperial de Elida y muy probablemente la de Argos comienzan en Adriano.

(4) El peribolo del templo tenía 740 metros (Pausanias, I, 18, dice 4 estadios); cada columna 1 m. 98 de diámetro y 18 m. 28 de altura (según Penrose, 16,79). Atenas instituyó en esta ocasión una nueva era, que databa de la dedicación del templo.

¿Era por celo religioso? Adriano era de aquella edad en que las religiones, lentamente, pero de continuo,

*bajan como la mar,*

en las horas de las mareas decrecientes; veía venir

*al viejo y encorvado sacerdote*

ofreciendo

*sobre el último altar la última hecatombe*

y había oído resonar el grito fúnebre: Πάν ὁ μέγας τῶν ἱερῶν. Pero importábase poco los grandes Olímpicos que iban á morir; era artista, y no teniendo el arte más bella expresión que el templo, Adriano edificaba templos; y llamaba á los escultores y pintores para adornarlos, á los retóricos á discutir y á los filósofos á soñar bajo sus pórticos. Si la divinidad no estaba ya en el templo, el pensamiento humano lo llenaba; y aquella civilización de la Grecia era tan bella, y tan grande aquella paz romana del imperio, que le parecía que el alma no necesitaba más (1).

Desde Atenas pasó al Asia proconsular, que «parecía en medio del inmenso jardín del imperio la región más favorecida.» Era la patria de los artistas que elevaban todos estos monumentos, y de los sofistas, cuya hábil facundia contenía en Oriente la invasión del idioma de los conquistadores, y en breve iba á extinguir hasta en Italia el claro y sencillo genio del Lacio. A la vuelta del viaje de Atenas, estos hombres abrían escuela en alguna de las quinientas ciudades de Asia y llegaban muy pronto á la fortuna y aun al poder. Favorino en Efeso y Aristocles en Pérgamo eran importantes personajes, y Polemón reinaba verdaderamente en Esmirna: el senado escuchaba su opinión con deferencia; la multitud aplaudía sus discursos, y cuando viajaba, tenían sus caballos riendas de plata y detrás de su carro iba un ejército de esclavos. Obligaba á los gobernadores á contar con él, y en el reinado siguiente veremos de qué manera trató al que había de ser el emperador Antonino.

Pero cómo se hubiera resistido un procónsul de aquel tiempo al favorito de todo el Oriente griego y del príncipe, al hombre de quien decía otro famoso retórico, Herodes Atico: «Tuve á Polemón por maestro, cuando era yo ya un maestro de elocuencia?» Y refiere que habiendo llegado á Esmirna, su primera visita fué para Polemón: «¿Cuándo te oiremos, maestro?» Conocido por ser un oyente verdaderamente temible, el mismo Herodes quedó sorprendido de la respuesta del maestro: «Ahora mismo; vamos y escucha.»

Después de tantos siglos de guerra, fatigado el mundo de obrar, no quería ya conocer más que la embriaguez de la palabra sonora, armoniosa, vacía; y todos los griegos de Egipto se reunieron en el reinado de Antonino para erigir una estatua en Alejandría al retórico Aristides, en testimonio de admiración. De Roma á Atenas, de Atenas á Esmirna, de Esmirna á Alejandría, á Cartago, reinaba la improvisación, don de la naturaleza que encanta á la multitud y gana las causas de un momento; pero á menudo funesto al arte verdadero y al pensamiento. ¿Qué habrán hecho antes de un siglo de la civilización antigua estos hábiles

(1) Lampridio (*Alex. Sever.* 43) escribe: *Hadrianus... templa in omnibus civitatibus, sine simulacris, jussu ferri, que hodie, idcirco quia non habent numina, dicuntur Hadriani*. Uno de estos templos, en Tiberíades, llevaba aún, en tiempo de Constantino, el nombre de Ἀδριανῶν. Este pasaje de Lampridio dice más sobre los verdaderos sentimientos de Adriano que las triviales frases de Esparciano (*Hadrian.* 23) respecto á su devoción oficial, *sacra romana diligentissime curavit... pontificis maximi officium peregit*.

arregladores de palabras? ¿Qué hacen ya de ella en Atenas y Alejandría?

En aquellas provincias de Asia se encuentran en mil lugares las huellas del viaje de Adriano ó su recuerdo: ciudades destruidas por los terremotos, á las cuales ayudó á salir de sus ruinas; ciudades socorridas y hermoeadas, que en gratitud, tomaron su nombre é instituyeron juegos, ó acuñaron medallas para el *dios salvador* y restaurador de las provincias; estatuas y templos levantados en su honor; puertos y caminos construidos á sus expensas. No hay una región de la gran península por donde no parezca que pasó el viajero imperial, que con sus donativos, sus consejos y su ejemplo suscitaba una noble actividad y generosa emula-



Herodes Atico (Camafeo del Gabinete de Francia, núm. 167).

ción para todos los trabajos de la vida culta. Así, el gran gimnasio de Esmirna fué construido á beneficio de una suscripción pública que Adriano provocó ó sostuvo contribuyendo él mismo con una gruesa cantidad, y aun tenemos la lista de suscritores (2). Era ya nuestro sistema de protección y fomento de las obras de utilidad pública por medio de una subvención del Estado. Lo mismo sucedió en todas partes y durante todo el período Antonino: así se explica que el imperio apareciera entonces como un inmenso taller de construcciones.

Citemos algunos hechos al azar, pues no es posible llegar á la exactitud ni por las fechas ni por el itinerario.

Adriano desembarcó sin duda en Esmirna, la perla del Oriente y la verdadera capital de la risueña Jonia. Asentada en el fondo de un golfo que compite con los más bellos del mundo, á la falda de una montaña, coronada hoy por las ruinas de una inmensa fortaleza genovesa, pero donde los griegos habían construido ciertamente un templo, rodeada de fértiles campos regados por el río de Homero, Esmirna era un magnífico vestíbulo para penetrar en Asia, y los gobernadores romanos entraban siempre por aquí en su provincia.

Adriano tenía allí un grande amigo, Polemón, que acababa de pronunciar en Atenas el discurso para la dedicación del *Olympieion* y había inspirado al príncipe una benevolencia particular en favor de la ciudad que se llamaba en la Grecia oriental «el santuario de las musas.» Esta benevolencia se mostró con numerosas liberalidades, que

(2) Este uso conocido con el nombre de *Επιδοσεις*, era ordinario y antiguo: véase por ejemplo, *ap. Letronne, Inscrip. de Egipto*, I, 389, una lista de suscripción para el gasto de los sacrificios y de las fiestas; y *ap. Miller, Revista arqueológica* de 1870, otra lista para la erección de un templo, comprendiendo acaso doscientos setenta nombres.

servieron para la construcción de muchos edificios, entre otros de un templo, y para la de un gimnasio, que Filostrato declara el más bello del Asia. Los esmirnitas le dieron en cambio los títulos de *Olimpico, Salvador, Fundador*, y establecieron en su honor *fiestas perpetuas, ó juegos adrianeenses*. Mileto hizo lo mismo, y todas las demás siguieron el ejemplo.

El príncipe escéptico sabía bien lo que pensar de aquel énfasis oriental que nosotros tomamos sin razón á la letra: era la urbanidad, la política del tiempo, y no daba más importancia á estas fórmulas que á las notas de una música melodiosa que se lleva el viento. ¿Fué más sensible á las medallas que acuñaron con la efigie de Antinóo? Lo temo.

A los alrededores de Esmirna había dos curiosidades arqueológicas que Adriano no dejó ciertamente de visitar: el sepulcro de Tántalo á la falda del Sípilo que domina el golfo, y á una jornada de la ciudad en el camino de Sardes á Efeso, el *Ninfeo*, donde se veía un bajo relieve de que habla Herodoto y que Sesostris hubo de hacer esculpir quince siglos antes de nuestra era.

Visitó también á Mileto que acaba de darnos algunos restos de una construcción colosal encontrados en medio de los aluviones del Meandro, y la rica ciudad de Efeso, tan próspera entonces, que se necesitan cuatro horas para atravesar el espacio cubierto por sus ruinas; sin embargo, había invertido doscientos veinte años en reedificar su santuario de Diana. Adriano erigió allí un templo á la Fortuna romana, que todos los pueblos adoraban, aun donde no tenía altar. Visitó á Lesbos y la Troade, y para complacer á los entusiastas de la *Iliada*, aunque él no la admirara, restableció el sepulcro de Ajax y tributó grandes honores al menos amable de los héroes de Homero: para granjearse la voluntad de los habitantes de Alejandría-Troas, les hizo un acueducto, que se ve todavía cerca de *Eski Stambul*, y cuya construcción puso bajo la vigilancia de uno de los grandes palabreros del tiempo, Herodes Atico. Era ya costumbre no atenderse al presupuesto, y Atico gastó mucho más de lo que



Adriano el Olimpico. Moneda acuñada en Cícico (2)

Adriano había prometido. Pero el príncipe, liberal, no pródigo, y amante del orden en todo, aun á expensas de sus amigos (1), dió la razón á sus procuradores que se quejaron, y el excedente de los gastos quedó á cuenta del retórico.

A los habitantes de Ilion les legó algo que dejó por un momento más satisfecha su vanidad que el acueducto de Aristides: seis versos griegos celebrando la gloria de su ciudad y el valor de ellos. He aquí la traducción:

«Hector, hijo de Marte, si me oyes bajo tierra, acepta mis saludes. Bien puedes estar orgulloso de tu patria; Ilion, la famosa ciudad, está siempre poblada de hombres; no heroicos, como tú; pero ellos también aman los combates. Los mirmidones no existen ya. Ve á decir á Aquiles: La Tesalia entera está á los pies de los hijos de Eneas.»

En Nicomedia se le dió el título de fundador, con menos lisonjas que en otros lugares, y Cícico le dedicó un templo,

(1) Estaba ligado con Atico, padre de Herodes, y dió al hijo una misión en el Asia proconsular.

(2) ΑΥΤ. ΚΑΙΟ. ΤΡΑΙ. ΑΔΡΙΑΝΟC ΟΛΥΜΠΙΟC (el *augur Cesar Trajano Adriano Olimpico*). Moneda de bronce.

cuya imponente masa, al decir del retórico Aristides (3), se veía de tan lejos, que reemplazó en la Propóntide las señales que guiaban el rumbo de los navíos. Detúvose mucho tiempo en aquella región de la Bitinia, que los turcos llaman «la mar de árboles», y que recuerda á nuestros viajeros los más bellos paisajes de la Suiza: aguas corrientes, praderas aun verdes bajo el sol de julio, rebaños numerosos, y por aquí y por allá quintas de troncos de árboles sin labrar. Adriano, gran cazador, se complació mucho en este pintoresco país, donde fundó dos ciudades, una de las cuales *Hadrianothes* (Casas de Adriano) consagraba el recuerdo de una de sus hazañas: en ella había derribado á una enorme osa, de las que todavía se encuentran en los bosques del Olimpo.



Moneda de Palmira (4)



Moneda de Petra, acuñada en Damasco (5)

En Capadocia compró muchos esclavos para el servicio de los campamentos, medida que se explica mal, puesto que las legiones podían surtirse de la mercancía humana en todas partes. Pero los capadocios eran ya famosos en los buenos días de Atenas, así por su ruda inteligencia como por sus robustas espaldas y el país no era sino un gran mercado de esclavos.

¿Fué entonces, ó en su anterior viaje, cuando visitó el Ponto y tuvo con los reyes de los países vecinos las relaciones de que hemos hablado? No pudiéramos decirlo. Contentémonos con lo que refiere Arriano, que en *Trapizonte* (Trebisonda) quiso el emperador contemplar el mar desde el mismo sitio en que los Diez-Mil dieron el grito de alegría al reconocer el Euxino y el término de sus trabajos. En este admirable sitio y para perpetuar este doble recuerdo, se levantó una estatua del príncipe, que con el dedo extendido indicaba el mar, pero acaso también el templo de Mercurio, que había edificado en esta ciudad comercial, y el puerto que había construído para sus navíos, hasta entonces sin abrigo en la mala estación.



Moneda de Gerasa (6)



Moneda de Filadelfia (7)

Ignoramos lo que le sucedió en la capital de la Siria, ciudad grande, rica y disoluta, que había levantado en muy poco tiempo las ruinas del reciente terremoto, y donde no podía estar un soldado tres meses sin hacerse un afeminado ó un sedicioso. Antioquía lo enojó probablemente, como

(3) Tenemos aún el discurso que Aristides pronunció el día de la consagración de este templo, que substituyó al de Efeso en la enumeración de las siete maravillas del mundo.

(4) ΠΑΛΜΥΡΑ. Una victoria con una balanza en la mano. Moneda de bronce.

(5) ΠΕΤΡΑ ΜΗΤΡΟΠΟΛΙC. Mujer torreada, sentada en una roca, con la mano derecha tendida y un manojito de espigas en la izquierda. Bronce de Adriano.

(6) ΑΡΤΕΜΙΟ ΤΥΧΗ ΓΕΡΑΣΩΝ (Artemisa, Fortuna de los habitantes de Gerasa). Busto de Diana. Debajo, la media luna. Moneda de bronce.

(7) ΤΥΧΗ ΦΙΛΑΔΕΛΦΕΩΝ (Fortuna de Filadelfia). Cabeza torreada, sin duda personificación de la ciudad. Bronce.

á Juliano más tarde, con los sarcasmos de una población vanidosa é insolente, tan incapaz de tener amo como de conservarlo. Adriano que había construído ó ayudado á construir monumentos de utilidad pública en la ciudad en que había tomado la púrpura, quiso restringir la extensión del territorio cuya metrópoli era, creando una segunda provincia de Siria, proyecto que no se realizó, al parecer, hasta el reinado de Septimio Severo. Había leído su fortuna en la sagrada fontana de Castalia en Dafne, y cerró este peligroso oráculo.

De Antioquía pasó á Heliópolis ó Damasco, límite de la lengua y de la nacionalidad siríaca: más allá estaba el de-

sierto, la raza árabe, la vida del aduar y de las largas caravanas de camellos que iban á Tesifonte y al golfo Pérsico á buscar los géneros de la Persia y de la India. El mundo romano se comunicaba con el imperio de los partos por tres vías: la una al Norte, con diversos brazos, que seguían los ejércitos, el comercio tímido y los viajeros aislados, encaminándose á la alta Mesopotamia; dos al Sur á través del desierto, terminando poco más ó menos en el mismo punto, hacia la región en que el Eufrates y el Tigris se reúnen para caer juntos al mar; era el camino de las caravanas. Cuando volvían del bajo Eufrates, éstas, según querían llegar al Mediterráneo por Alepo para ganar el Asia Menor, ó por Gaza



Templo de Júpiter en Gerasa (Album del duque de Luynes, p. 49.)

para descender á Egipto, tomaban al N. O. hacia la Celestiria, ó al O. por el país de los nabateos.

Al llegar á la frontera romana, estos dos caminos se unían á otro que, de Damasco á Petra, seguía el límite de las tierras cultivadas y del desierto, de modo que los tres formaban un inmenso triángulo, que tenía su vértice hacia la Caracena, en el Pasitigris, su base á lo largo de las últimas pendientes del Anti-Líbano y sus dos lados á través del gran desierto.

En el país de la *sed* los comerciantes no habían sembrado ciudades ni aldeas; pasaban por él á toda prisa, deteniéndose sólo en los pozos que jalonaban el camino; pero tenían de tiempo inmemorial establecidos sus depósitos al rededor de las fuentes de Palmira y en el recinto inexpugnable de las rocas de Petra. Allí se firmaban los salvoconductos comprados á los árabes y se depositaban las mercancías; allí estaban reunidas las provisiones, las cabalgaduras y los guías. La conducción de una caravana era una expedición difícil que reportaba siempre honor, con frecuencia provecho, y los primeros magistrados de estas ciudades aceptaban el cargo. Algunas inscripciones celebran su habilidad ó su valor, y los que les debían la hacienda ó la vida les habían levantado hasta estatuas.

Más allá de estos dos oasis, por la parte del Eufrates, no había ya más que el vacío; pero por detrás de ellos, se hallaban grandes ciudades: Baalbeck, Damasco, Bostra, Gerasa, Filadelfia, cuyas ruinas se cuentan entre las más bellas que conocemos.

¿Cómo se produce este fenómeno de grandes ciudades florecientes en la extrema frontera del imperio y á orillas del desierto?

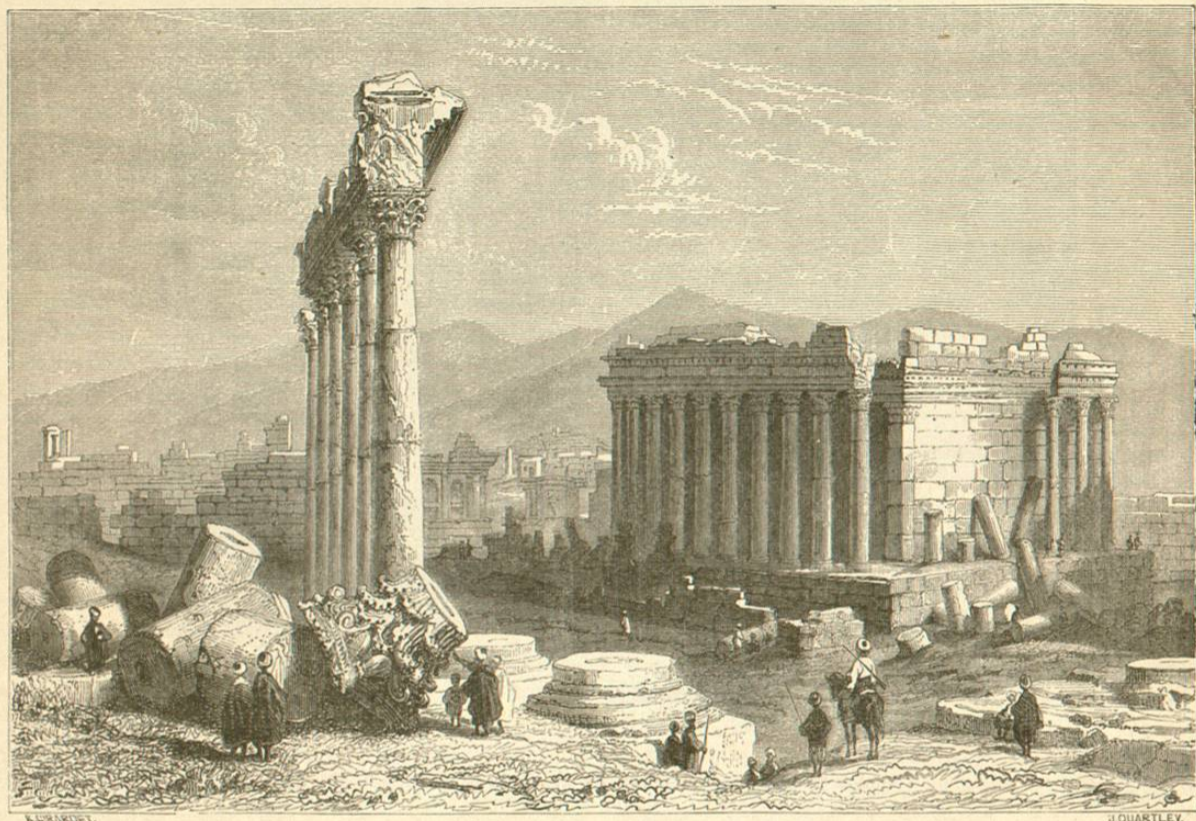
Las desgracias de sus vecinos habían hecho la fortuna de esta región. Muchas familias griegas que Alejandro y sus sucesores habían arrastrado tras sí al fondo del Asia, hubieron de retroceder ante las razas indígenas y se replegaron sobre la Siria, la primera tierra en que habían encontrado algo de su lengua, de sus costumbres y de su religión. Otra oleada de hombres le llegó por la parte opuesta. En tiempo de Herodes, la Palestina era muy rica y la Galilea estaba cubierta de una población exuberante. Durante la guerra de exterminio conducida por Tito, multitud de habitantes de la orilla derecha del Jordán pasaron á la orilla izquierda, que entonces pertenecía al rey de los nabateos, y subieron hasta Damasco, Heliópolis, Palmira, donde se tiene la prueba de la existencia de una comunidad hebrea.

En una época incierta, unos árabes Himyaritas emigra-

dos del Yemen, se habían establecido en el Haurán y el Belka: sedentarios y cultivadores, protegieron el país contra los árabes de las tiendas, y Bostra su capital vino á ser el granero de estas regiones. Lo que se llama el desierto, á lo menos por esta parte, no es en efecto sino una tierra inculta. Que vaya allá el hombre y que una buena policía, capaz de contener á los montañeses y á los nómadas, le dé seguridad, y muy luego utilizará en aquellos cantones fácilmente regables las copiosas aguas de las montañas, que bajo un sol ardiente harán producir á la tierra óptimas cosechas. Después de los golpes dados por Corbulón y Trajano en el país de los partos, después



Busto laureado de Adriano (1)



Ruinas del templo del Sol en Baalbeck

labradores y los traficantes para enriquecerla y los soldados para defenderla (2). El arte siguió á la fortuna que lo llamaba, y creó las maravillas de Baalbeck y de Tadmor, donde un solo pórtico sostenido por columnas de mármol, tenía 4,000 pasos de longitud. Así se explica que el mar de arena hubiera dado á estas ciudades la riqueza que el Océano da á tantas ciudades marítimas: eran los puertos del desierto.

Esta prosperidad databa de lejos, pues algunas de estas ciudades se remontaban á los tiempos bíblicos, y los arquitectos romanos alzaron sus monumentos sobre subestructuras colosales. En Baalbeck, á lo menos, el recinto de los templos del Sol que Adriano comenzó, y de Júpiter que construyó Severo, tiene por sillares piedras calcáreas de durísima consistencia, teniendo tres de ellas 20 metros de lon-

(1) ΑΥΤΟΚ ΑΔΡΙΑΝΟΥ ΚΕΒΑΚΤΟΚ. *El emperador Adriano Augusto*.

(2) En tiempo de Alejandro Severo, seis legiones acampaban en esta región, dos en Siria, otras dos en Judea, una en Arabia y otra en Fenicia.

del orden severo impuesto por Tito en Judea, y por Cornelio Palma en la provincia de Arabia, acudieron á estas regiones numerosas gentes; y la buena policía establecida por Roma y Adriano desarrolló allí una prosperidad desconocida hasta entonces.

Además, estos hombres que más tarde se mostrarán en sus colonias de España los más hábiles irrigadores del mundo, han tenido en todos tiempos el genio del tráfico. Arabes, griegos, sirios, judíos, se dedicaron con ardor á un comercio que la estimación creciente de los géneros orientales hacía cada vez más activo, y que podía practicarse con toda seguridad á la sombra de la paz romana. La vitalidad del imperio se mostró enérgicamente en esta provincia adonde aflúan los hombres y las cosas, los desterrados de la Grecia asiática y los prosritos de la Palestina para poblarla, los

gitud, cinco de latitud y otros cinco de profundidad; la cuarta, de mayores dimensiones, quedó en la cantera, á 1000 pasos de allí.

Sometida, durante mucho tiempo, como Damasco, á una dependencia incierta del imperio, había reconocido, en fin, Palmira después de la sumisión de Petra (105) la autoridad directa de Roma (3). Adriano llegó allí el año 130 con su legión de operarios. Ignoramos lo que hiciera allí; pero debió dejar pruebas de su largueza en una ciudad que tenía grande importancia en su política general, pues se hallaba en el punto de contacto de los dos imperios, y dándole los medios de desarrollar su comercio, se daba á sí mismo nuevas garantías para la paz. En el camino que va de Damasco

(3) Antes de esta fecha, Palmira suministraba auxiliares; así en la guerra contra los judíos, Tito había tenido arqueros palmiranos; y se les encuentra también en las tropas acantonadas en Dacia y en Numidia. Una inscripción descubierta en Palmira en 182 hace remontar hasta el reinado de Augusto la dependencia de esta ciudad respecto del imperio, pues menciona un derecho de aduana establecido en ella por Germánico, durante su gobierno de Siria (*Mem. de la Acad. de inscrip.* 1882, p. 81).

á Palmira y de esta ciudad al Eurates, se han encontrado vestigios de unos cuarenta y dos puestos militares ó castillos, á tres horas de distancia unos de otros (1). Los soldados romanos no pueden haber ocupado todos estos puestos; pero se tiene la prueba de que daban guarnición en algunos de los que jalonaban la primera parte de este camino; y como Trajano no tuvo tiempo para pensar en estas precauciones de paz, cuando hacia el fin de su vida fué á Oriente á una gran guerra, hubo de tomarlas sin duda Adriano cuando recorrió aquellas etapas. Una buena parte ha de corresponderle también en las magníficas construcciones que Palmira comenzaba á levantar. Le concedió los

privilegios del *jus italicum*, con el título más envidiado por las ciudades provinciales, el de colonia (2); y grandes liberalidades acompañaron ciertamente estos favores, puesto que en gratitud quiso llamarse la ciudad *Hadrianópolis*.

La provincia de Arabia era de formación reciente. Palmira que la conquistó en 105 y Trajano que la organizó en 106, no habían tenido tiempo de proveer á todo, y Adriano ejecutó lo más esencial que quedaba por hacer, puesto que la provincia consagró medallas *Restitutori Arabiae*; Gerasa hizo comenzar en él la serie de sus monedas imperiales, y Damasco las grabó con la leyenda «*Alaios Adriano*», ó con la doble efigie del emperador y de la empera-



Palmira. Restos de la columnata

triz. Trajano había hecho la fortuna de Bostra, estableciendo una legión. Para reconocer alguna liberalidad de Adriano, sin mostrar demasiada ingratitud para con su predecesor, cesó la ciudad momentáneamente de poner en sus monedas el nombre de su segundo fundador, pero no le reemplazó con el del nuevo príncipe. En medio de tan bajas adulaciones, esta lisonja contenida era casi dignidad.

Adriano tomó por su cuenta el antiguo camino de los camelleros que iba de Damasco á Petra: sus soldados, á quienes sabía hacer trabajar, construyeron en diferentes direcciones vías militares, cuyos restos se ven, en la planicie de Moab, y la capital de Haurán vino á ser el centro de un gran comercio que llevaba á Damasco los dátiles del Hedjaz y los perfumes del Yemen; á la Arabia, los trigos y las pasas del valle del Jordán y las telas del Asia Menor; á los puertos del Mediterráneo los géneros del Oriente,

(1) El cónsul de Prusia en Damasco declara tener este dato del *cheick Muhammed-ibn Duhí. Wetzstein, Reisebericht über Hauran und die Trachonen* (1860), p. 105.

que sus caravanas iban á buscar directamente á los depósitos del bajo Eufrates.

Hacia el mar Muerto, debió de despertarse la atención del viajero imperial, que no quería desdeñar ninguna curiosidad de la naturaleza ni del arte, oyendo las sombrías narraciones que corrían sobre aquel extraño lago de aguas pesadas y amargas, en que no puede vivir ningún animal y adonde Vespasiano había hecho arrojar algunos criminales agarrotados para cerciorarse de que los cuerpos humanos sobrenadan en él.

Pero no era dado, aun al más inteligente de los emperadores, encontrar al recorrer estos parajes, el interés que encuentra hoy el último de nuestros viajeros, cuando á la

(2) El nombre Aurelio que llevaban muchos *estrategas* de Palmira ha hecho atribuir todos estos beneficios á Antonino, que antes de su advenimiento se llamaba Tito Aurelio Fulvo: el nombre tomado por la ciudad hace más probable la designación de Adriano. En un villajo inmediato se ha encontrado una *naos* consagrada á Baalsamin... *ἡμῶν σωτηρίας... Ἀδριανῶν*.